

LIBROS

Erica Benner
AVENTURAS EN DEMOCRACIA.
EL TURBULENTO MUNDO DEL PODER POPULAR

Teffi
MEMORIAS. DE MOSCÚ AL MAR NEGRO

Oriana Fallaci
UN HOMBRE

Alessandro
Baricco
ABEL

María José Rubio
MARÍA JOSEFA AMALIA DE SABOYA, REINA
DE ESPAÑA. POLÍTICA, POETA Y MÍSTICA

POLÍTICA

Oportunidad de la buena divulgación

por Manuel Arias Maldonado



Erica Benner
AVENTURAS EN
DEMOCRACIA. EL
TURBULENTO MUNDO
DEL PODER POPULAR
Traducción de Yolanda
Fontal Rueda
Barcelona, Crítica, 2024,
256 pp.

Presentada con motivo de la publicación de su libro como una gran experta en la democracia por parte de los medios de comunicación españoles que la entrevistaron, la filósofa política Erica Benner parece encajar mejor en el honorable perfil de una experimentada docente que sabe escribir buena divulgación sobre las materias que mejor domina. Trotamundos que nació en Tokio de padres estadounidenses y pasó su juventud en la Inglaterra de los años setenta, Benner ha dado clase en tres continentes y publicado una monografía académica sobre la concepción de la identidad nacional en Marx y Engels, así como una exitosa biografía de Maquiavelo que se publicó en 2017, y parece

descubrirle el secreto de la filosofía política al ciudadano común: *Aventuras en democracia* ha sido traducido a varios idiomas y fue elogiada por medios generalistas como *The Guardian* o *The Literary Review*.

De manera que hay que celebrar su aparición en castellano, si bien cabe extrañarse de que un libro tan poco sofisticado pueda recibir tantos aplausos; la respuesta al aparente enigma, por lo demás, es que se aplaude precisamente su falta de sofisticación. No es mala cosa, teniendo en cuenta que a veces elogiamos la falsa complejidad o la mera filiación ideológica: Benner dice bien lo que quiere decir, haciéndolo de tal manera que todo el mundo pueda entenderla; lo que tiene que decir, para colmo, es sensato allí donde no es inane. ¿Podría ser mejor? También podría ser peor; este libro solo tiene que encontrar su público. Y no estará entre los académicos ni los eruditos, sino entre los ciudadanos interesados en comprender mejor el sistema democrático del que forman parte; dado que estas lecciones se imparten haciendo frecuentes referencias a la filosofía política ateniense y renacentista, la impresión de profundidad agrada a los lectores y nos recuerda que los problemas esenciales de la democracia no han

cambiado demasiado en los últimos 2.500 años. Y eso que la propia democracia—cosa que Benner no subraya lo suficiente—lo ha hecho de manera sustancial: poco tienen que ver las pequeñas repúblicas de la Antigüedad con los regímenes representativos que articulan el gobierno democrático en las sociedades modernas.

Siguiendo las reglas no escritas de la buena divulgación, Benner recurre con fruición a las pequeñas historias y los ejemplos variopintos, usando para ello su propia biografía: la autora que reflexiona sobre la democracia es también un personaje que ha conocido muchos países y hablado con mucha gente. Su padre fue uno de los oficiales que daba órdenes a aquel Enola Gay que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima; durante el tramo inglés de su infancia, aprendió lo que era la discriminación por razón de clase; hablando con un colombiano al que conoció en un barco poco después de haber leído a Ayn Rand, modificó su punto de vista sobre la relación entre libertad y desigualdad. Todavía le dio tiempo a encontrarse dando clase en Budapest cuando Viktor Orbán lanzó su ofensiva contra Georges Soros, fundador de la universidad donde ella era docente; es lo que se llama el don de la oportunidad. Por lo general, su

apuesta narrativa funciona: la autora va entreverando con habilidad evocaciones biográficas, referencias históricas, exploraciones conceptuales y reflexiones normativas.

Su premisa general es razonable: las democracias atraviesan un mal momento y solo podemos afrontarlo si comprendemos el origen de los problemas, formulando de paso la auto-crítica correspondiente; dado que las reformas institucionales no son suficientes, hemos de ser realistas acerca de lo que la democracia es y puede llegar a ser. Para cumplir con ese propósito, Benner divide su libro—escrito de manera accesible— en tres partes: una primera dedicada a los mitos fundacionales de las democracias y su evolución histórica; otra consagrada a los principales conflictos que tienen lugar en su interior; y una tercera que se ocupa de los peligros que la acechan.

De un lado, Benner subraya la importancia que posee el origen de la democracia. Este dejaría su impronta sobre la cultura política del país: no es lo mismo tener una democracia impuesta (como Japón o Alemania), que llegar a ella por medio de una transición pacífica (España), una revolución incruenta (Portugal), la expulsión violenta de los colonos (Estados Unidos, las repúblicas hispanoamericanas) o la unificación nacional (Italia). Pero las tres páginas que dedica al asunto no resultan convincentes y solo parecen tener por objeto hablar de ese Japón que tan bien conoce, justo antes de advertir sobre los impulsos tiránicos que pueden brotar en cualquier democracia; para ilustrarlos se sirve de la vieja Atenas, que le parece asimismo ejemplar a la hora de desmontar versiones heroicas de la historia susceptibles de conducir a la tiranía o el expansionismo. Sus reflexiones sobre la igualdad democrática, incluida la igualdad entre sexos, no son muy destacables ni llevan a conclusiones demasiado originales: en una democracia, advierte, los hiperprivilegiados

deben renunciar a sus privilegios si no quieren sentirse amenazados “por un poder popular que se vuelve violento cuando sus otros recursos son escasos”. La influencia sobre la autora del republicanismo clásico, experta como es en Maquiavelo, es evidente; sobrevuela el libro la preocupación por un exceso de desigualdad que pueda traducirse en malestar político y desembocar en la nostalgia por el hombre fuerte. Finalmente, su experiencia en la Polonia poscomunista le sirve para meditar sobre la dificultad de conjugar realidad y expectativas en los procesos de democratización, advirtiéndonos de paso sobre los excesos de la lógica globalizadora: cuidado con el cosmopolitismo cuando aplasta a la tradición.

Por otro lado, nuestra filósofa subraya la cualidad dinámica de las sociedades democráticas, donde distintos grupos luchan por hacerse con el poder u obtener nuevas cuotas del mismo; si queremos democracias sanas, sugiere, necesitamos actores políticos que renuncien a la tentación monopolista y acepten el principio de que el poder tiene que encontrarse repartido. Se pone aquí de manifiesto que la autora es mejor describiendo que proponiendo, ya que obviamente la dificultad radica justamente en producir élites y votantes que se contenten con el reparto competitivo del poder en lugar de aspirar a su monopolio. Tras unas consideraciones banales sobre el liderazgo, Benner gira su atención hacia el asunto crucial de los expertos; interrogándose acerca de si podemos confiar en ellos, nuestra filósofa se remonta a la epistocracia de Mill y los consejos de Maquiavelo, antes de llegar a Platón y sus filósofos-reyes, concluyendo que... debemos confiar en los expertos, pero no demasiado. Más interesante es su llamamiento al autocontrol de los ciudadanos en el uso de la libertad de expresión, a fin de no contaminar la esfera pública con agresividad e intolerancia.

No encontrará el lector ninguna revelación en el tercio final de la obra, dedicada a los “peligros mortales” que acechan a la democracia, pero sí una saludable llamada a desvincular el gobierno democrático de la creencia decimonónica en el progreso constante de la sociedad. A su juicio, la democracia debe marcar-se objetivos más modestos: garantizar la igualdad de libertades ha de ser la prioridad; solo en segundo término habremos de aspirar al perfeccionamiento humano. Esa idea le sirve de guía cuando se ocupa del conflicto entre libertad e igualdad, de los efectos perniciosos de la competitividad electoral (sugiere que las sociedades de mercado instilan en los ciudadanos actitudes perfeccionistas que se trasladan a su juicio político), la proliferación de los demagogos (aunque subraya la necesidad de diferenciar al populista del demagogo, define a este último como si fuera un populista), o la degeneración iliberal de las democracias (donde de manera delatora solo parece considerar la posibilidad de que los cesaristas de derecha conduzcan una democracia al despotismo: como si no existiera Venezuela).

En última instancia, el espíritu moderantista que anima este libro es resumido por la propia autora cuando escribe en algún momento que “la actitud democrática es asumir que hay al menos algunos argumentos que merece la pena escuchar en ambos lados y tratar de distinguirlos de la retórica mitificadora, polarizadora e imbuida de noticias falsas”. Pese a incurrir en algunas inconsistencias, Benner nos ofrece buena divulgación sobre las complejidades de la democracia; cabe esperar que sus lectores—que también son ciudadanos— se hagan más sabios. ¡Y falta que nos hace! ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. En 2024 ha publicado (*Pos*)verdad y democracia (Página Indómita).

Ligereza y revolución

por **Ricardo Dudda**



Teffi
MEMORIAS. DE MOSCÚ AL
MAR NEGRO
Traducción de Alejandro
Ariel González
Barcelona, Libros del
Asteroide, 2024, 272 pp.

“Los últimos días en Moscú transcurrieron en un confuso torbellino. De la niebla emergían personas, daban vueltas, se desvanecían de nuevo y emergían otras. Era como estar en la orilla de un río en primavera, a la hora del crepúsculo, y ver pasar grandes bloques de hielo: en uno se distinguía lo que parecía una carreta cargada con paja o una cabaña campesina ucraniana; en otro, unos leños carbonizados y un lobo. El bloque giraba, daba la vuelta, y la corriente se lo llevaba para siempre. Y uno nunca sabría qué era en verdad aquello.” Hay muchos pasajes así en las memorias de la escritora rusa Teffi que ha publicado este año Libros del Asteroide. Son descripciones ligeramente oníricas y amargas. La escritora, que huyó de Moscú en 1918 y acabó exiliada en París, donde murió en 1952, narra en esta autobiografía su periplo hasta el Mar Negro en mitad de la guerra civil rusa que se desató tras la Revolución bolchevique.

No es un libro político. Es una galería de personajes, un libro de aventuras dramático y mordaz. Es también la radiografía irónica de una vieja Rusia que muere y una nueva que nace con violencia. Es una Rusia de burgueses decadentes, de una clase baja resentida con los burgueses decadentes, de arribistas y contrabandistas, de bolcheviques con sed de poder y venganza (“¡Qué suntuoso festín te ha deparado el destino! Has bebido del vibrante y cálido vino humano hasta hartarte, hasta emborracharte”, dice de

una comisaria del partido), de consejeros y empresarios corruptos que untan a burócratas aún más corruptos. La guerra, que enfrentó a un Ejército Rojo bolchevique, un Ejército Blanco antibolchevique, un Ejército Verde de nacionalistas ucranianos y otro Ejército Negro de anarquistas campesinos, no hace aparición en ningún momento, solo sus consecuencias: la sospecha, la arbitrariedad, el hambre, el frío, los refugiados.

Teffi sufre, pero también se lo toma todo con cierta ironía. Es un personaje privilegiado. Su fama le ayudó a sobrevivir a la revolución y la guerra. Nació como Nadezhda Aleksándrovna Lojvítskaya en San Petersburgo en 1872. Antes de la revolución era una de las escritoras más famosas de Rusia; tanto que había perfumes y dulces con su seudónimo. Era admirada tanto por el zar Nicolás II como por Lenin, al que definió como un hombre sencillo sin capacidad de apreciar la belleza. No era un buen orador, sino que simplemente se dedicaba a “golpear con un instrumento contundente el rincón más oscuro del alma de la gente, donde se escondían la codicia, el rencor y la crueldad”, escribe. Pero también le ayudó a sobrevivir su condición de artista, una profesión alabada y protegida. Teffi habla con un peluquero que consiguió escapar con su familia y amigos diciendo que formaban parte de una compañía de teatro: “Yo era el primer galán; mi esposa, la ingenua; la tía Fima, la coqueta; mamá estaba a cargo de la caja, y trajimos a once apuntadores. Todos llegamos bien. Por supuesto, el proletariado se mostró algo perplejo por la cantidad de apuntadores.”

El libro está lleno de anécdotas de actores y actrices, intelectuales, escritores, miembros de una aristocracia que ve cómo se derrumba su mundo. La autora, que es sobre todo conocida por sus obras teatrales, tiene una conversación con una actriz que le pregunta por qué el personaje que ha escrito para ella sufre una desgracia. “¿Acaso no puede arreglarlo de alguna manera?”

“No sé... No puedo... No depende de mí”, le responde. “Pero me lo pedía con tanta lástima [...] que le prometí escribir un cuento de hadas en el que reuniría a todos los que había ofendido en mis cuentos y obras de teatro y los recompensaría.”

En uno de los pasajes más largos del libro, Teffi consigue un permiso de viaje a cambio de interpretar con la compañía de artistas con la que viaja un espectáculo en un pueblo capturado por los bolcheviques. Sus descripciones recuerdan a las de Simon Leys sobre la propaganda maoísta. Los miembros del público “estaban sentados como en espera de que, de un momento a otro, se declarara una nueva revolución y los dejaran regresar a sus casa. [...] Me parecía que las autoridades habían olvidado explicar a ese pobre público que no había nada de particular que entender en aquella obra, que los habían convocado solo para entretenerlos”. La autora ve y entiende la política y las ideologías en pugna, pero prefiere un enfoque lateral, humanista e irónico.

“La cuestión de la observación dominaba mis fantasías. Me gustaba dibujar caricaturas y escribir versos satíricos. Mi primera obra publicada la escribí bajo la influencia de Chéjov”, respondió Teffi a un cuestionario sobre autores rusos en 1911. Tiene un gran ojo para las descripciones, que son brochazos concisos y contundentes que definen un estado de ánimo, una psicología. “Los ciudadanos salían por las tardes de sus apartamentos sin calefacción, iban a los clubes y a los teatros a meterse miedo los unos a los otros con rumores espantosos. Para volver a sus casas se reunían en grupos y llamaban a una escolta: unos cinco estudiantes armados con lo primero que habían encontrado en su camino. Los anillos se los metían en la boca, pegados a la cara interior de las mejillas; el reloj, en el zapato. No servía de mucho”, escribe. “El rostro soñoliento, chato, aplastado, como si lo estuvieran apretando contra un vidrio.” “Era una bolita aburrida.”

“Hielo y viento. Por la calle avanzaban a duras penas unos pocos transeúntes. Caían como bolos y derribaban a sus acompañantes.” “Por los andenes van y vienen personas con los labios aceitosos y las mejillas brillantes, masticando todavía algo.” “Los días empezaron a pasar muy rápido, como asustados.”

El crítico ruso Georgy Adamovich escribió sobre Teffi: “Hay escritores que enturbian sus propias aguas para que parezcan más profundas. Teffi no podría ser más diferente: el agua es totalmente transparente, y sin embargo el fondo apenas es visible.” La prosa de Teffi es ligera, en apariencia poco profunda, y su mirada es siempre oblicua: en la época de las grandes consignas, prefirió quedarse con los pequeños gestos. Nunca volvió a escribir de política, ni siquiera durante su época en el París ocupado por los nazis. La ligereza fue su coraza. En el fondo sabía que todo era ridículamente absurdo. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

PERIODISMO

Panagoulis, uno entre un millón

por **Aloma Rodríguez**



Oriana Fallaci
UN HOMBRE
Traducción de Vicente
Villacampa Armengol
Madrid, Alianza voces, 2024,
544 pp.

La periodista Oriana Fallaci entrevistó a Alekos Panagoulis (Glyfada, 1939-Atenas, 1976) en 1973, unos días después de su excarcelación y cinco años después del atentado fallido contra Georgios Papadopoulos, cabeza de la Junta de los Coroneles de Grecia (1967-1974). Él era ajeno a la atención

internacional que había despertado su caso y que finalmente hizo que se le conmutara la pena de muerte por cadena perpetua. Antes de “chocar contra él [Panagoulis] con violencia, como un tren que discurre en dirección contraria por la misma vía”, como describe Fallaci el encuentro, Panagoulis había leído los libros de Fallaci y había aprendido italiano para poder hablar con ella. Ese encuentro, que Andreas, el traductor, definió no como entrevista sino como “coito del alma”, dio paso a una relación de amor, compañerismo y complicidad. “No exagere”, le respondió Fallaci al traductor. “No exagere. ¿O tal vez sí? Nosotros, los griegos, estamos obsesionados con la tragedia. Como la inventamos, la vemos por todas partes.” Poco después, Oriana Fallaci se refiere a Andreas como su Casandra.

A Panagoulis le dedica *Un hombre*, novela publicada originalmente en 1979, tres años después de la muerte de él. Alianza, en su colección Voces, la ha recuperado; es el primero de los rescates de los libros de la periodista italiana: ya se ha anunciado el de *Tan adorables*, entrevistas con estrellas de Hollywood. *Un hombre* contiene su historia personal, su pasión, y es también la biografía de Panagoulis, héroe de la resistencia griega. Fallaci documenta las torturas físicas, sexuales y también psicológicas que sufrió Panagoulis. Golpes, descargas eléctricas aplicadas en el recto, agujas calientes introducidas por la uretra, más golpes —una radiografía posterior reveló que no tenía ninguna costilla intacta— no hicieron hablar a Panagoulis, que en el juicio detalló todas las torturas y vejaciones. Fue sentenciado a pena de muerte, que no se ejecutó. Tras dos intentos de fuga, pasó cuatro años en una celda con forma de tumba, hecha a su medida y como castigo.

El libro de Fallaci está dividido en seis partes y se abre con el multitudinario entierro de Panagoulis, que murió la madrugada del 30 de abril al 1 de mayo de 1976 en un accidente

de coche, cuando era diputado por la Unión de Centro. La investigación posterior fue deliberadamente negligente y en el libro Fallaci reconstruye lo que ocurrió esa noche. No era la primera vez que el coche en el que viajaba Panagoulis sufría intentos de ser arrojado fuera de la carretera. Fallaci sugiere que detrás estaba el entonces ministro de Defensa Evangelos Averoff, que había amenazado esa misma semana a Panagoulis ante la posibilidad de que hiciera públicos unos documentos que demostraban sus mentiras sobre su papel durante la Segunda Guerra Mundial.

El libro contiene la historia de pasión y complicidad de Fallaci y Panagoulis, con sus altibajos; documenta la tortura y el ensañamiento de la Junta de los Coroneles y muestra lo que de farsa tuvo la transición griega. Todo eso, diría, es lo que sale al paso de manera inevitable en el retrato de Panagoulis. Fallaci detalla la variedad y brutalidad de los interrogatorios, las huelgas de hambre en la cárcel, las fugas, las traiciones, sugiere la primera semana de amor, aparecen las peleas, los anhelos y algunos de los planes de Panagoulis, como el de hacer dimitir a la Junta amenazando con volar el Partenón, la presión internacional para proteger la cuna de la civilización jugaría a su favor. Y, sobre todo, traza el retrato no del héroe, sino de un hombre: Alekos Panagoulis. A través del libro, que está escrito en segunda persona, interperando al retratado, Fallaci restituye a Panagoulis en su humanidad, para liberarlo del acartonamiento que impone la condición de héroe. Muchos de sus comportamientos lo convierten, si no en un héroe, al menos sí en un hombre de cualidades extraordinarias. Entre todas —lealtad, compromiso, resistencia— destaca la fortaleza mental: “La costumbre es la más infame de las enfermedades porque te hace aceptar cualquier desgracia, cualquier dolor, cualquier muerte. Por costumbre se vive junto a personas odiosas, se aprende a llevar cadenas, a

padecer injusticias y a sufrir, se resigna uno al dolor, a la soledad, a todo. [...] La noche en que renunciaste a intentar de nuevo la fuga sucedió precisamente eso. Sucedió lo que nunca habrías creído posible: ya no echabas de menos los espacios abiertos, el verde, el azul y la gente. [...] Y, sin embargo, existía algo que el hábito de la oscuridad, de la falta de espacio y de la monotonía no había apagado: tu capacidad para soñar, fantasear y traducir en versos el dolor, la rabia y los pensamientos. Cuanto más se adaptaba tu cuerpo, atrofiándose en la pereza, más resistía tu mente y más se desencadenaba tu imaginación para dar a luz poesías. Siempre escribiste poesías, desde muchacho, pero en aquel periodo fue cuando tu vena creadora estalló incontenible.”

Panagoulis era poeta, en *Un hombre* hay muchos de sus versos, algunos convertidos en canción por Mikis Theodorakis (y esas canciones estaban prohibidas). El encierro y los golpes tampoco bastaron para crear un serial a gritos desde su celda en el que contaba las aventuras ficticias del director de la cárcel en un burdel. En el libro aparecen fragmentos y borradores de ensayos o discursos de Panagoulis. “La gran enfermedad de nuestro tiempo se llama ideología, y los portadores de su contagio son los intelectuales estúpidos: los sacerdotes que no están dispuestos a admitir que la vida (lo que ellos llaman Historia) se encarga por sí sola de poner en su lugar sus masturbaciones mentales y, por tanto, de demostrar lo artificioso del dogma, su fragilidad e irrealidad. Si no fuera así, ¿por qué los regímenes comunistas tienen los mismos Ioannidis, Hazizikis, Theofiloiannacos o Zakarakis que los regímenes fascistas? ¿Y por qué se combaten entre sí, apoyados en sentimientos y necesidades como el amor a la patria y el nacionalismo egoísta? Es tiempo de denunciar la enfermedad sin timideces, sin sentirse cohibidos, sin miedo”, esboza en uno.

Un hombre tiene además evidentes méritos literarios, como el manejo de

la segunda persona gramatical, que en otras manos podría resultar latosa o expulsar al lector. Echa mano del destino y la tragedia: “El último día de tu vida amaneció con cielo gris, plomizo. Durante la semana había hecho un sol de verano, y ni una nube oscureció el azul. Pero el atardecer anterior, de pronto, el horizonte se tornó lívido, iluminado por una luz helada, y se alzó un fuerte viento. [...] La borrasca decapitó las rosas y mutiló los árboles, y naranjas y limones yacían sobre una alfombra de ramas y hojas arrancadas. También había caído el manojo de ajos atado a un muñón de la palmera, para alejar la mala suerte. Al caer, se había deshecho, esparciendo los bulbos sobre el sendero y sobre los terrones cenagosos. Algunos bulbos se habían abierto, y los dientes parecían restos de un collar desgranado: ‘¡Tus ajos!’, exclamaste. Ella [tu madre] se asomó, los vio y lanzó un gruñido horrorizado: nunca se había dado el caso de que el manojo cayera; hasta cuando te condenaron a muerte permaneció colgado.” Fallaci retrata al hombre, señala la barbarie y termina lo que no pudo acabar Panagoulis. ~

ALOMA RODRÍGUEZ es escritora y miembro de la redacción de *Letras Libres*. En 2024 ha reeditado *Los idiotas prefieren la montaña* (La Navaja Suiza).

NOVELA

Un único aliento

por **Zita Arenillas**



Alessandro Baricco
ABEL
Traducción de Xavier
González Rovira
Barcelona, Anagrama, 2024,
170 pp.

Alessandro Baricco (Turín, 1958) firmó su última novela en 2015. Desde entonces, ha publicado esencialmente ensayos –como *The game*, sobre la

revolución digital, o *La vía de la narración*, sobre el proceso de escribir–, además de un particular canon literario, *Una cierta idea de mundo*, donde reseña las cincuenta obras según él más destacables de la biblioteca que armó desde cero cuando se mudó dejando atrás todos sus libros; o una antología de artículos de prensa: *El nuevo Barnum*. El otoño pasado, después de ocho años, el autor turinés volvió a la ficción con *Abel*, que acaba de traducirse al español. Se trata de una novela singular y espléndida que como otras de Baricco está ambientada en otra época pero trasciende cronologías, y poblada, de nuevo, por personajes memorables.

El subtítulo es *Un western metafísico*, y en efecto están los ingredientes clásicos de ese género: las llanuras y las praderas, los *saloons*, la Main Street, las prostitutas, los pueblos indígenas (los dakotas, los nootkas, los makah...), los caballos, las armas. Pero Baricco fuerza las costuras y va más allá: se trata de un *western* que intenta desvelar lo que se oculta tras esta realidad tangible y polvoriento, que al fin y al cabo es también la nuestra.

El protagonista de la novela es Abel Crow, joven *sheriff* y asombroso tirador, un nombre con evidentes resonancias bíblicas. También es así en el caso de sus hermanos: David, Samuel, Joshua (Josué) e Isaac. Su hermana, “geométrica en el pensar y visionaria en el creer”, se llama Lilit. Y su novia, una mujer que al final sabremos que tiene un origen peculiar y que aparece y desaparece, se llama Hallelujah. Así pues, hay algo místico aquí, no solo el disparo maestro de Abel, que se llama precisamente el Místico y que le hizo famoso, y que consiste en cruzar los brazos con un arma en cada mano y acertar al mismo tiempo a dos objetivos, uno a cada lado, pero tirando en diagonal. “Cuando matas, eres sagrado.” También hay una bruja (palabra que aparece en español en el original, como se aclara en una nota del traductor), algo parecido a un ángel de la

guarda, mitología de los indios americanos (hay una breve bibliografía al final) y un Maestro, el de Abel, otro tirador brillante al que dejaron ciego unos piratas que lograron atraparlo y que desde entonces solo quiere viajar y leer. El único precio que pide para enseñar a disparar como él es que le lean en voz alta: “Pasé noches enteras leyendo a Platón, a san Anselmo y Spinoza. Yo no entendía nada, pero me quedó algo parecido a la sensibilidad hacia un color determinado. Una cadencia singular en los pensamientos, un acento extranjero en el hablar”, cuenta Abel. Podría decirse que es un truco fácil para justificar cómo se expresa el protagonista, pero no se siente forzamiento alguno. De hecho, parece natural que el mismo joven que después de un tiroteo se va de putas o se toma un whisky en el *saloon* hable del concepto aristotélico de entelequia. Afirmaciones como “Es más fácil que el relato de lo que has sido y lo que serás te salga al encuentro como una piel manchada de destellos” se le caen como a un peatón se le puede caer algo del bolsillo.

La historia que cuenta la novela es sencilla: es la de Abel. Pero también la de otros, porque aunque lo intentemos, no estamos solos y somos también un poco los demás. Abel vivía con sus cinco hermanos y sus padres, “tan lejos de todo que nosotros lo éramos todo, y nuestra nada, la única noticia”. Entonces el padre murió, y la madre se marchó, y uno de los hermanos, Isaac, murió, y los otros decidieron marcharse de allí y caminar por separado sus propios caminos. David se hará pastor de almas; Samuel se enriquecerá explotando minas; Joshua ejercerá de telegrafista cuando no tenga problemas con la justicia, algo a lo que sus arranques de locura suelen conducirle; a Lilith le gusta domesticar animales depredadores y ver el futuro. Abel, como ya he dicho, se convierte en leyenda gracias a su pericia con las armas. Es la hermana la que consigue reunirlos de nuevo,

para cumplir una misión: salvar a su madre de la horca.

Pero como decía al principio, Baricco va más allá y convierte la novela en una lección de metafísica, no solo porque por las páginas comparezcan Aristóteles o David Hume. Abel tardará muchos años en comprender algo que Joshua, el loco, le dijo en secreto: que “a pesar de que la vida fluía aparentemente como un río, desde las montañas hasta el mar, al mismo tiempo también fluía en sentido contrario, remontando hacia sus fuentes. [...] Se trata de un único movimiento, dijo”. Esa ruptura se traslada a la estructura del libro, compuesto de breves capítulos que no responden a una secuencia cronológica, sino que saltan hacia delante y hacia atrás. Porque, como asevera Abel, “no hay un antes y un después, en los acontecimientos: solo hay un único aliento difícil de interpretar”. Es una apuesta arriesgada la de combinar el Salvaje Oeste con las teorías sobre el origen del ser y la causalidad, pero el autor la gana limpiamente y el lector goza con el juego. Además, Baricco sigue haciendo gala de ese humor tan suyo, deliciosamente procaz y faltón, que por medio del contraste hace que todo aterrice y sea más fácil de manejar. Por ejemplo, cuando a las puertas de un burdel Abel le está hablando al Maestro de “la única curvatura del mundo”, recuerda que “La puta me miraba como si yo le estuviera pidiendo que se follara un recuerdo mío y no estuviera segura de qué tarifa pedirme.” En el sermón que Joshua pronuncia en el entierro del Juez, otro personaje sobresaliente que, ya al final de su carrera, con la cabeza un poco ida, condenó a un estafador a aprender francés, dice cosas como: “Es evidente que yo debería estar aquí para recordaros cómo nuestro hermano Abraham tuvo la grandísima suerte de cruzar el umbral que lo lleva a la eternidad, dejando atrás este mar de putas que la vida nos dispensa, entre las que está la agotadora necesidad de

encontrar algo que comer todos los días, el devastador instinto de enamorarse y la humillante tarea de envejecer hasta el punto de acabar cagándote encima.”

Con *Abel* Alessandro Baricco ha vuelto a demostrar que es un narrador formidable. Quienes ya éramos lectores suyos lo celebramos, y quienes no lo sean pueden empezar por aquí e ir hacia atrás, para ver si de verdad la relación entre el *antes* y el *después* no es tan evidente. ~

ZITA ARENILLAS es editora y miembro de la redacción de *Letras Libres*.

HISTORIA

Una reina poeta en la España del XIX

por **Almudena Vidorreta**



María José Rubio
MARÍA JOSEFA AMALIA DE
SABOYA, REINA DE
ESPAÑA. POLÍTICA, POETA
Y MÍSTICA
Madrid, Fundación Banco
Santander, 2024, 376 pp.

María Josefa Amalia de Sajonia es una de las reinas más desconocidas en la historia de la monarquía española, que no contaba hasta ahora con una biografía que, sin duda, merece, a la luz de estas páginas. La protagonista es un personaje atractivo por muchas razones explicadas con tino en este libro de María José Rubio, especialista en historia moderna y contemporánea, que añade este singular perfil a su ya consolidada bibliografía sobre mujeres de la realeza. Había dado a imprenta títulos como *La Chata. La Infanta Isabel de Borbón y la Corona de España* (2003), *Reinas de España. Siglos XVIII al XXI* (2009) y *Reinas de España. Las Austrias* (2010). Miembro de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, su rostro resultará familiar

a los telespectadores de programas como *La aventura del saber* de TVE. Es, además, autora galardonada de novela histórica: *El cerrajero del rey* (2012) le valió el Premio Ciudad de Cartagena, entre otros reconocimientos a su labor archivística.

En pulcra edición para la Colección Biografías de Historia Fundamental de la Fundación Banco Santander, la autora nos ofrece el retrato de María Josefa Amalia de Sajonia, del que destacan sus intereses políticos y su religiosidad, pero, sobre todo, su afición poética. Es la primera investigación monográfica sobre una mujer sobresaliente, capaz de imponerse a los parámetros de su tiempo. Hija de Maximiliano de Sajonia y Carolina de Borbón-Parma, nació en 1803 en Dresde. Quedó huérfana de madre a los pocos meses de su nacimiento y fue educada en un ambiente propicio para el desarrollo intelectual femenino. Si ella destacó por un diestro manejo de las letras, su hermana Amalia de Sajonia se convertiría en una reconocida compositora de ópera que escribió, además, un diario, durante su visita a la corte española. Este, con los poemas de su hermana María Josefa, es testimonio de valor incalculable, no solamente por aquilatar el conocimiento de una época a los ojos de sus protagonistas, sino, sobre todo, por proceder de una pluma de autoría no masculina.

Con incuestionable documentación, esta biografía dibuja a la tercera esposa de Fernando VII como una mujer culta, dueña de una exquisita biblioteca,

políglota, que contrajo matrimonio por poderes en 1819. A la muerte de Isabel de Braganza, el marqués de Cerralbo, hombre de confianza del rey, fue enviado en viaje especial con la misión de encontrar a la sucesora ideal para llenar ese vacío cortesano. El cometido de su llegada era claro: asegurar la sucesión al trono después de que el monarca hubiera enviado en dos ocasiones sin lograr descendencia. Las cartas en las que Cerralbo da noticia de sus candidatas no tienen desperdicio, y la autora de este libro ofrece una muestra notable con la que adereza el relato de los acontecimientos. Tras un detallado periplo por las cortes europeas afines a España y con princesas casaderas, la elegida resultó ser María Josefa Amalia de Sajonia, que se convertiría en reina consorte hasta su fallecimiento en 1829, a los veinticinco años, a causa de una pulmonía que dejó nuevamente sin hijos al rey. De poco le sirvió una salud de hierro hasta el momento, pionera, incluso, en recibir vacunación contra la viruela.

Coincidiendo con periodos de notable trascendencia, esta obra revela numerosos misterios en torno a la joven princesa sajona (1803-1819). A su llegada a la península se topó con circunstancias muy complejas de la historia de España, justo cuando se produce el Trienio Liberal (1820-1823), periodo que puso en entredicho la validez de la institución monárquica, cuando intenta volver a implantarse la Constitución de 1812, ante cuyos principios se manifestó escéptica. Ese difícil escenario ofrece, sin embargo, una

coyuntura favorable para el desarrollo de su agencia: será la primera reina constitucional, la primera que escuchó los discursos del Congreso de los Diputados. Su protagonismo como compañera del rey no fue visto con buenos ojos por parte de sus detractores, que asistieron perplejos a la publicación en prensa de sus poemas, en los que arengaba a las tropas, encomiaba los valores de su esposo y se erigía en cantora de su papel político. Aquellos versos de contenido patriótico, de cuya singularidad se hicieron eco los periódicos europeos, se suman a un importante corpus todavía inédito que supone todo un manifiesto de la situación política que le tocó vivir a María Josefa Amalia de Sajonia.

Durante la Década Ominosa (1824-1829), la reina puso su retórica al servicio de una recuperación de la autoridad perdida por Fernando VII: “diga toda Cataluña al verte / el rey es libre, y como libre obró”. El lector encontrará una cuidada selección del manuscrito 18250 de la Biblioteca Nacional de España: la *Colección de poesías compuestas por S. M. la Reina María Josefa Amalia, consorte de Fernando VII*. La segunda parte de su vida estuvo envuelta en un misticismo que dejó notable huella en su escritura. Vale recordar que esa profunda religiosidad alimentó leyendas urbanas como la que Prosper Mérimée immortalizó en una carta a Stendhal, en la que se refiere a la ignorancia en asuntos carnales de la reina devota y a su noche de bodas excesivamente escatológica y un tanto violenta.

El libro se acompaña de pódcast que ilustran la historia de este personaje al que vale la pena conocer. Ofrece el legado imprescindible de una reina escritora, coherente con su formación y sus valores, atenta a la situación política, sin temor a recrearse en su aversión a la fiesta, “al adorno y lucimiento”. ~

ALMUDENA VIDORRETA es poeta y doctora en literatura. Coordina el máster universitario en Humanidades Digitales de UNIR.

